

El proletariado y la revolución **León Trotsky** **Fines de 1904**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “The Proletariat and the Revolution”, en *Our Revolution; Essays on Working-class and International Revolution 1904-1917*, traductor y recopilador Moissaye J. Olgin, Henry Holt and Company, Nueva York, 1918, páginas 23-45; también para las notas.)

Introducción, por Moissaye J. Olgin

El ensayo *El proletariado y la revolución* fue publicado a fines de 1904, casi un año después del comienzo de la guerra con Japón. Fue un año crucial para los gobernantes autocráticos de Rusia. El año comenzó con manifestaciones patrióticas y terminó con una serie de humillantes derrotas en los campos de batalla y con un renacimiento sin precedentes de las actividades políticas por parte de las clases acomodadas. Los zemstvos (órganos electivos locales para la atención a los asuntos locales), encabezados por terratenientes liberales, llevaron a cabo una vigorosa campaña política a favor de un orden constitucional. Otros grupos liberales, organizaciones de profesionales (denominados en el ensayo de Trotsky “demócratas” y “elementos democráticos”) se unieron al movimiento. Los líderes de los zemstvos convocaron una convención abierta en Petersburgo (6 de noviembre), en la que se exigió la libertad cívica y una constitución. Los “elementos democráticos” organizaron reuniones públicas de carácter político bajo el disfraz de banquetes privados. La prensa liberal se volvió más audaz en sus ataques contra la administración. El gobierno toleró el movimiento. El príncipe Svyatopolk-Mirsky, que había sucedido a Von Plehve, el dictador reaccionario asesinado en julio de 1904 por un revolucionario, había prometido “relaciones cordiales” entre el gobierno y la sociedad. En la jerga política, este periodo de tolerancia, que duró desde agosto hasta finales de año, se conoció como la era de la “primavera”.

Fue una época emocionante, llena de esperanzas y expectativas políticas. Sin embargo, por extraño que parezca, la clase obrera guardaba silencio. La clase obrera había mostrado un gran descontento en 1902 y especialmente en el verano de 1903, cuando decenas de miles de personas en el suroeste y en el sur se declararon en huelga política. Durante todo el 1904, sin embargo, casi no hubo manifestaciones de masas por parte de los obreros. Esto dio ocasión a muchos liberales para burlarse de los representantes de los partidos revolucionarios que basaban toda su táctica en las expectativas en una revolución nacional.

Trotsky escribió su ensayo para responder a esos escépticos y animar a los miembros activos del partido socialdemócrata. Su principal valor, que le confiere significación histórica, es el claro diagnóstico de la situación política. Aunque vivía en el extranjero, Trotsky sentía profundamente el pulso de las masas, la “energía revolucionaria reprimida” que buscaba una salida. Su descripción del curso de una revolución nacional, el papel que atribuye a los obreros, a la población no proletaria de las ciudades, a los grupos cultos y al ejército; su estimación de la influencia de la guerra en las mentes de las masas brutas; finalmente, las consignas que plantea ante la revolución, todo esto corresponde exactamente a lo que ocurrió durante el tormentoso año de 1905. Leyendo *El proletariado y la revolución*, el estudioso de la vida política rusa tiene la sensación de que el ensayo hubiera sido escrito después de la revolución ya que sigue muy de cerca el curso de los acontecimientos. Sin embargo, apareció antes del 9 de enero de 1905, es decir, antes de la primera gran embestida del proletariado petersburgués.

La creencia de Trotsky en la iniciativa revolucionaria de la clase obrera no podía expresarse de manera más lúcida.

M. Olgin
1918

El proletariado no sólo debe llevar a cabo una propaganda revolucionaria. El propio proletariado debe avanzar hacia la revolución.

Avanzar hacia la revolución no significa necesariamente fijar una fecha para la insurrección y prepararse para ese día. Nunca se puede fijar un día y una hora para una revolución. El pueblo nunca ha hecho una revolución por un orden.

Lo que se puede hacer es, en vistas de la catástrofe fatalmente inminente, elegir las posiciones más apropiadas, armar e inspirar a las masas con una consigna revolucionaria, conducir simultáneamente a todas las reservas al campo de batalla, hacerlas practicar en el arte de la lucha, mantenerlas listas bajo las armas: y hacer sonar la alarma en todas las líneas cuando haya llegado el momento.

¿Significaría eso una serie de ejercicios y no un combate decisivo con las fuerzas enemigas? ¿Serían meras maniobras y no una revolución callejera?

Sí, serían meras maniobras. Pero hay una diferencia entre maniobras revolucionarias y maniobras militares. Nuestros preparativos pueden convertirse, en cualquier momento e independientemente de nuestra voluntad, en una verdadera batalla que decidiría la larga guerra revolucionaria. No sólo puede ser así, sino que *debe* serlo. Así lo atestigua la agudeza de la situación política actual, que encierra en sus profundidades una enorme cantidad de explosivos revolucionarios.

El momento en el que las meras maniobras se conviertan en una verdadera batalla, dependerá del volumen y de la compacidad revolucionaria de las masas, de la atmósfera de simpatía popular que las rodee y de la actitud de las tropas que el gobierno mueva contra el pueblo.

Esos tres elementos para el éxito deben determinar nuestro trabajo de preparación. Las masas proletarias revolucionarias existen. Debemos ser capaces de llamarlas a la calle, en un momento dado, en todo el país; debemos ser capaces de unir las con una consigna general.

Todas las clases y grupos del pueblo están impregnados de odio hacia el absolutismo, es decir, de simpatías hacia la lucha por la libertad. Debemos ser capaces de concentrar estas simpatías en el proletariado como potencia revolucionaria que es la única que puede ser la vanguardia del pueblo en su lucha por salvar el futuro de Rusia. En cuanto al estado de ánimo del ejército, no despierta grandes esperanzas en el corazón del gobierno. En los últimos años se han producido muchos síntomas alarmantes; el ejército está malhumorado, el ejército refunfuña, hay fermentos de insatisfacción en el ejército. Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para que el ejército se desprenda del absolutismo en el momento de un ataque decisivo de las masas.

Examinemos primero las dos últimas condiciones, que determinan el curso y el resultado de la campaña.

Acabamos de atravesar el período de “renovación política” abierto bajo el estruendo de las trompetas y cerrado bajo el silbido de los golpes¹, la era de Svyatopolk-Mirsky, cuyo resultado es el odio hacia el absolutismo despertado entre todos los elementos pensantes de la sociedad hasta un punto inusitado. Los próximos días recogerán el fruto de las esperanzas populares agitadas y de las promesas incumplidas del gobierno. El interés político ha tomado últimamente una forma más definida; el

¹ *El silbido de los golpes* que puso fin a la era de las “relaciones cordiales” fue una declaración emitida por el gobierno el 12 de diciembre de 1904, en la que se declaraba que “todas las perturbaciones de la paz y el orden y todas las reuniones de carácter antigubernamental deben ser y serán reprimidas por todos los medios legales al mando de las autoridades.” Se aconsejó a los zemstvos y a los órganos municipales que se abstuvieran de hacer declaraciones políticas. En cuanto a los partidos socialistas, y al movimiento obrero en general, fueron perseguidos bajo Svyatopolk-Mirsky tan severamente como bajo Von Plehve.

descontento se ha hecho más profundo y se fundamenta en una base teórica más patente. El pensamiento popular, ayer totalmente primitivo, se entrega ahora con avidez a la labor del análisis político. Todas las manifestaciones del mal y de la arbitrariedad del poder se remontan rápidamente a la causa principal. Las consignas revolucionarias ya no asustan al pueblo; al contrario, despiertan un eco mil veces mayor, pasan a convertirse en preceptos. La conciencia popular absorbe cada palabra de negación, condena o maldición dirigida contra el absolutismo, como una esponja absorbe la sustancia fluida. Ningún paso de la administración queda impune. Cada una de sus meteduras de pata es cuidadosamente tenida en cuenta. Sus avances son ridiculizados, sus amenazas engendran odio. El vasto aparato de la prensa liberal² hace circular diariamente miles de hechos que agitan, excitan e inflaman la emoción popular.

Los sentimientos reprimidos buscan una salida. El pensamiento se esfuerza en convertirse en acción. Sin embargo, la vociferante prensa liberal, al tiempo que alimenta el malestar popular, tiende a desviar su corriente por un pequeño cauce; difunde una supersticiosa reverencia hacia la “opinión pública”, una “opinión pública” indefensa, desorganizada, que no desemboca en la acción; tacha de revolucionario el método de emancipación nacional; sostiene la ilusión de la legalidad; centra toda la atención y todas las esperanzas de los grupos amargados en torno a la campaña de los zemstvos, preparando así sistemáticamente una gran debacle para el movimiento popular. El descontento agudo, que no encuentra salida, desalentado por el inevitable fracaso de la campaña legal de los zemstvos, que no tiene tradiciones de lucha revolucionaria en el pasado ni perspectivas claras en el futuro, debe manifestarse necesariamente en un estallido de terrorismo desesperado, dejando a los intelectuales radicales en el papel de espectadores impotentes y pasivos, aunque comprensivos, y a los liberales ahogándose en un ataque de entusiasmo platónico mientras prestan una ayuda dudosa.

Esto no debería ocurrir. Debemos aprovechar la corriente de excitación popular; debemos dirigir la atención de numerosos grupos sociales descontentos hacia una empresa colosal encabezada por el proletariado: la *revolución nacional*.

La vanguardia de la revolución debe despertar de la indolencia a todos los demás elementos del pueblo; aparecer aquí y allá y en todas partes; plantear las cuestiones de la lucha política de la manera más audaz posible; llamar, fustigar, desenmascarar a la democracia hipócrita; hacer que los demócratas y los liberales de los zemstvos se enfrenten entre sí; despertar una y otra vez, llamar, fustigar, exigir una respuesta clara a la pregunta: *¿qué vais a hacer?*, para no permitir ninguna retirada; para obligar a los liberales legales a admitir su propia debilidad; para alejar de ellos a los elementos democráticos y ayudar a estos últimos en el camino de la revolución. Hacer este trabajo significa atraer los hilos de simpatía de toda la oposición democrática hacia la campaña revolucionaria del proletariado.

Debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para llamar la atención y ganarnos la simpatía de la población pobre no proletaria de la ciudad. Durante las últimas acciones de masas del proletariado, como en las huelgas generales de 1903 en el sur, no se hizo nada a este respecto, y éste fue el punto más débil del trabajo preparatorio. Según los corresponsales de prensa, a menudo circulaban entre la población los rumores más

² El vasto aparato de la prensa liberal era el único medio de llegar a millones de personas. La prensa revolucionaria “clandestina”, que hacia 1905 adquirió proporciones inusitadas, sólo podía llegar a un número limitado de lectores. En tiempos de agitación política, el público se acostumbró a leer entre líneas de la prensa legal todo lo que necesitaba para alimentar su odio a la opresión. Por prensa “legal” se entiende la prensa pública y aquella liberal que intentaba cumplir con los requisitos legales del absolutismo incluso en su labor de condena del orden absolutista. Al término “legal” se opone el término “revolucionario” que se aplica a las acciones políticas en desafío a la ley.

extraños sobre las intenciones de los huelguistas. Los habitantes de la ciudad esperaban ataques a sus casas, los tenderos temían ser saqueados, los judíos temían pogromos. Esto debía haberse evitado. *Una huelga política, como combate individual del proletariado de la ciudad con la policía y el ejército, siendo el resto de la población hostil o incluso indiferente, está condenada al fracaso.*

La indiferencia de la población dependerá en primer lugar de la moral del propio proletariado, y después de la actitud de los soldados. Bajo tales condiciones, la postura de la administración debe ser necesariamente más decidida. Los generales se lo recordarán a los oficiales, y los oficiales transmitirán a los soldados las palabras de Dragomirov: “Los fusiles se entregan para disparar con puntería, y a nadie se le permite malgastar cartuchos en balde.”³

Una huelga política del proletariado debe convertirse en una manifestación política de la población, éste es el primer requisito para el éxito.

El segundo requisito importante es el estado de ánimo del ejército. Un descontento entre los soldados, una vaga simpatía hacia los “revolucionarios”, es un hecho establecido. Sólo una parte de esta simpatía puede atribuirse con razón a nuestra propaganda directa entre los soldados. La mayor parte se debe a los enfrentamientos prácticos entre las unidades del ejército y las masas que protestan. Sólo los idiotas sin remedio, o los canallas declarados, se atreven a disparar a un blanco vivo. Una abrumadora mayoría de los soldados se resiste a servir de verdugo; esto lo admiten unánimemente todos los corresponsales que describen las batallas del ejército con gente desarmada. El soldado medio apunta por encima de las cabezas de la multitud. Sería antinatural que ocurriera lo contrario. Cuando el regimiento de Besarabia recibió órdenes de sofocar la huelga general de Kiev, el comandante declaró que no podía responder de la actitud de sus soldados. La orden, entonces, fue enviada al regimiento de Jersón, pero en todo el regimiento no había ni una media compañía que estuviera a la altura de las expectativas de sus superiores.

Kiev no fue una excepción. Las condiciones del ejército deben ser ahora más favorables para la revolución que en 1903. Hemos pasado un año de guerra. Es difícil medir la influencia del último año en las mentes del ejército. La influencia, sin embargo, debe ser enorme. La guerra no sólo atrae la atención del pueblo, sino que también despierta el interés profesional del ejército. Nuestros barcos son lentos, nuestros cañones tienen poco alcance, nuestros soldados son incultos, nuestros sargentos no tienen ni brújula ni mapa, nuestros soldados están descalzos, hambrientos y congelados, nuestra Cruz Roja está robando, nuestro comisariado está robando: rumores y hechos de este tipo se filtran al ejército y están siendo absorbidos con avidez. Cada rumor, como un ácido fuerte, disuelve el óxido de la instrucción mental. Años de propaganda pacífica difícilmente podrían igualar en sus resultados a un día de guerra. El mero mecanismo de la disciplina permanece, la fe, sin embargo, la convicción de que es correcto cumplir las órdenes, la creencia de que las condiciones actuales pueden continuar, menguan rápidamente. Cuanta menos fe tiene el ejército en el absolutismo, más fe tiene en sus enemigos.

Debemos aprovechar esta situación. Debemos explicar a los soldados el significado de la acción obrera que prepara el partido. Debemos utilizar profusamente la consigna que debe unir al ejército con el pueblo revolucionario: *¡fuera la guerra!* Debemos crear una situación en la que los oficiales no puedan confiar en sus soldados en el momento crucial. Esto reflejaría la actitud de los propios oficiales.

³ Dragomirov fue durante muchos años comandante de la región militar de Kiev y conocido por su estilo epigramático.

El resto lo hará la calle. Disolverá los restos de la hipnosis del cuartel en el entusiasmo revolucionario del pueblo.

El factor principal, sin embargo, siguen siendo las masas revolucionarias. Es cierto que durante la guerra los elementos más avanzados de las masas, el proletariado pensante, no han pasado abiertamente al frente con el grado de determinación que exigía el crítico momento histórico. Sin embargo, si se sacara de este hecho cualquier tipo de conclusiones pesimistas, se pondría de manifiesto una falta de coraje político y una deplorable superficialidad.

La guerra ha caído sobre nuestra vida pública con todo su peso colosal. El espantoso monstruo, respirando sangre y fuego, se alzó en el horizonte político, cerrándolo todo, hundiendo sus garras de acero en el cuerpo del pueblo, infligiendo herida tras herida, causando un dolor mortal, que por un momento hace incluso imposible preguntar por las causas del dolor. La guerra, como toda gran catástrofe, acompañada de crisis, paro, movilización, hambre y muerte, aturde al pueblo, provoca desesperación, pero no protesta. Sin embargo, esto es sólo el principio. Masas brutas del pueblo, capas sociales silenciosas, que ayer no tenían ninguna relación con los elementos revolucionarios, se vieron abatidas por la pura fuerza mecánica de los hechos ante el acontecimiento central de la Rusia actual, la guerra. Estaban horrorizadas, no podían recuperar el aliento. Los elementos revolucionarios, que antes de la guerra habían ignorado a las masas pasivas, se vieron afectados por la atmósfera de desesperación y horror concentrado. Esta atmósfera les envolvía, presionaba con un peso de plomo sobre sus mentes. La voz de la protesta decidida apenas podía alzarse en medio de un sufrimiento elemental. El proletariado revolucionario, que aún no se había recuperado de las heridas recibidas en julio de 1903, era impotente para oponerse a la “llamada de lo primitivo.”

El año de guerra, sin embargo, no pasó sin resultados. Las masas, ayer primitivas, se enfrentan hoy a los acontecimientos más tremendos. Deben tratar de comprenderlos. La propia duración de la guerra ha producido un deseo de razonar, de interrogarse sobre el sentido de todo ello. Así, la guerra, aunque ha obstaculizado durante un tiempo la iniciativa revolucionaria de miles de personas, ha despertado el pensamiento político de millones.

El año de guerra no ha pasado sin resultados, ni un solo día pasó sin resultados. En las capas más bajas del pueblo, en lo más profundo de las masas, se estaba llevando a cabo un trabajo, un movimiento molecular, imperceptible, pero irresistible, incesante, un trabajo de acumulación de indignación, de amargura, de energía revolucionaria. La atmósfera que respiran ahora nuestras calles ya no es una atmósfera de desesperación vacía, es una atmósfera de indignación concentrada que busca medios y vías para la acción revolucionaria. Cada acción expeditiva de la vanguardia de nuestras masas obreras se llevaría ahora consigo no sólo todas nuestras reservas revolucionarias, sino también miles y cientos de miles de reclutas revolucionarios. Esta movilización, a diferencia de la movilización del gobierno, se llevaría a cabo en presencia de la simpatía general y la ayuda activa de una abrumadora mayoría de la población.

En presencia de la fuerte simpatía de las masas, en presencia de la asistencia activa por parte de los elementos democráticos del pueblo; frente a un gobierno comúnmente odiado, fracasado tanto en las grandes como en las pequeñas empresas, un gobierno derrotado en los mares, derrotado en los campos de batalla, despreciado, desalentado, sin fe en el día venidero, un gobierno que lucha vanamente, que almohaza el favor, que provoca y retrocede, que miente y sufre la exposición, insolente y atemorizado; frente a un ejército cuya moral ha sido destrozada por todo el curso de la guerra, cuyo valor, energía, entusiasmo y heroísmo se han encontrado con un muro infranqueable en forma

de anarquía administrativa, un ejército que ha perdido la fe en la seguridad inquebrantable de un régimen al que está llamado a servir, un ejército insatisfecho y gruñón que más de una vez se ha liberado de las garras de la disciplina durante el último año y que escucha con impaciencia el rugido de las voces revolucionarias: tales serán las condiciones en las que el proletariado revolucionario saldrá a la calle. Nos parece que la historia no podría haber creado mejores condiciones para un ataque final. La historia ha hecho todo lo que le permitía la sabiduría elemental. Las fuerzas revolucionarias pensantes del país tienen que hacer el resto.

Se ha acumulado una enorme cantidad de energía revolucionaria. No debe desvanecerse en vano, no debe disiparse en compromisos y enfrentamientos dispersos, sin coherencia ni plan definido. Hay que hacer todo lo posible para concentrar la amargura, la cólera, la protesta, la rabia, el odio de las masas, para dar a esas emociones un lenguaje común, un objetivo común, para unir y solidificar todas las partículas de las masas, para hacerles sentir y comprender que no están aisladas, que simultáneamente, con la misma consigna en la bandera, con el mismo objetivo en mente, innumerables partículas se levantan por todas partes. Si se logra esta comprensión, la mitad de la revolución está hecha.

Tenemos que convocar a todas las fuerzas revolucionarias a la acción simultánea. ¿Cómo podemos hacerlo?

En primer lugar, debemos recordar que el escenario principal de los acontecimientos revolucionarios es la ciudad. Nadie puede negarlo. Es evidente, además, que las manifestaciones callejeras sólo pueden convertirse en una revolución popular cuando son manifestaciones de masas, es decir, cuando abarcan, en primer lugar, a los obreros de las fábricas y plantas fabriles. Hacer que los obreros abandonen sus máquinas y sus puestos; hacer que salgan de los locales de la fábrica a la calle; conducirlos a la planta vecina; proclamar allí el cese del trabajo; hacer que nuevas masas salgan a la calle; ir así de fábrica en fábrica, de planta fabril en planta fabril, creciendo incesantemente en número, barriendo las barreras policiales, absorbiendo a las nuevas masas que pasan por allí, abarrotando las calles, tomando posesión de los edificios adecuados para las reuniones populares, fortificando esos edificios, celebrando reuniones revolucionarias continuas con audiencias que van y vienen, poniendo orden en los movimientos de las masas, despertando su espíritu, explicándoles el objetivo y el significado de lo que está ocurriendo; convertir, finalmente, toda la ciudad en un campo revolucionario, éste es, en términos generales, el plan de acción.

El punto de partida deben ser las fábricas y plantas fabriles. Esto significa que las manifestaciones callejeras de carácter serio, cargadas de acontecimientos decisivos, deben comenzar con las *huelgas políticas de las masas*.

Es más fácil fijar la fecha de una huelga que la de una manifestación popular, así como es más fácil movilizar masas listas para la acción que organizar nuevas masas.

Pero una huelga política, no local, sino *una huelga política general en toda Rusia*, debe tener una consigna política general. Esta consigna es: *parar la guerra y convocar una asamblea nacional constituyente*.

Esta exigencia debe convertirse en una exigencia nacional, y aquí radica la tarea de nuestra propaganda antes de la huelga general en toda Rusia. Debemos aprovechar todas las ocasiones posibles para hacer popular entre el pueblo la idea de una asamblea nacional constituyente. Sin perder un instante, debemos poner en práctica todos los medios técnicos y todas las fuerzas de propaganda de que disponemos. Las proclamas y los discursos, los círculos educativos y las reuniones de masas, deben transmitir, proponer y explicar la demanda de una asamblea constituyente. No debe haber un solo hombre en una ciudad que no sepa que su reivindicación es: una asamblea nacional constituyente.

Hay que convocar a los campesinos para que se reúnan el día de la huelga política y aprueben resoluciones exigiendo la convocatoria de una asamblea constituyente. Los campesinos de los suburbios deben ser llamados a las ciudades para participar en los movimientos callejeros de las masas reunidas bajo la bandera de una asamblea constituyente. Todas las sociedades y organizaciones, los organismos profesionales y científicos, los órganos de autogobierno y los órganos de la prensa de oposición, deben ser notificados con antelación por los obreros de que se están preparando para una huelga política de toda Rusia, fijada para una fecha determinada, con el fin de lograr la convocatoria de una asamblea constituyente. Los obreros deben exigir a todas las sociedades y corporaciones que, el día señalado para la manifestación de masas, se unan a la demanda de una asamblea nacional constituyente. Los obreros deben exigir a la prensa de oposición que popularice su consigna y que, en vísperas de la manifestación, publique un llamamiento a la población para que se una a la manifestación proletaria bajo la bandera de una asamblea nacional constituyente.

Debemos llevar a cabo la propaganda más intensa en el ejército para que el día de la huelga cada soldado, enviado a frenar a los “rebeldes”, sepa que está frente al pueblo que exige una asamblea nacional constituyente.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es